

La corte de los harapos

Esther Cohen

Con el diablo en el cuerpo. Filósofos y brujas en el Renacimiento
Taurus-UNAM, México, 2003, 167 págs.

Horacio Ortiz

En 1484, el papa Inocencio VIII otorgó a los inquisidores Kraemer y Sprenger, ambos dominicos alemanes, la facultad de crear el “manual del perfecto cazador de brujas”. El *Malleus Maleficarum* (o *El martillo de las brujas*), publicado por primera vez en 1486, ofrece el perfil claro y contundente de la bruja y establece la figura del enemigo de Dios y del hombre: el diablo.

Con el diablo en el cuerpo, de Esther Cohen, no es simplemente un recuento preciso en datos duros del genocidio ejercido contra cien mil brujas que alimentaron la hoguera de la ignorancia propia de la Inquisición de aquella época. Tampoco se estaciona en el ensayo literario-histórico-filosófico (aunque de hecho es muy superior en estilo a muchos de los que actualmente se ufanan de ser sus mejores practicantes) ausente de pasión o de posición. Cohen nos adentra en el mágico y aterrador universo del guiño que un poder estableció para cancelar (literalmente) el pasado, el presente y el futuro de comunidades enteras: primero, al “judío hechicero, envenenador de pozos y vampiresco degustador de sangre infantil de los siglos XII y XIV”. Después, a la bruja demoniaca del Sabat de los siglos XV y XVI, portadora del mal, hereje, hetaíra, mero depósito de perversión y de lujuria, donde el hombre, inocente, descargaría sus más lascivos actos y pensamientos.

El judío y la bruja, entonces, dan cuerpo al miedo y a las sombras de su tiempo. La “percepción de las brujas a través del pensamiento cabalístico nos muestra, dice Cohen en entrevista, a la mujer ocupando un lugar muy ambiguo; por un lado es depositaria de una misión, la de ser la única posibilidad que tiene el hombre para tener acceso a Dios, pero al mismo tiempo es la parte diabólica de Dios, representa el mal en potencia. Y ahí entra el juicio y este trabajo, al descubrir la existencia

de una práctica muy viva, una sexualidad desbordada, ver que en los Sabats se daban estos encuentros nocturnos que eran reales, que tenían orgías, que se untaban ungüentos para sentir y gozar más, tener ciertas alucinaciones. Ellas estaban también cultivando esa parte maldita”.

HORACIO ORTIZ: Pero, ¿cómo vestir el miedo en aquellos tiempos, qué rostro darle?

ESTHER COHEN: Es simple: los inquisidores estaban protegidos. Además utilizaban la palabra para defenderse y para justificarse, para legitimar sus prácticas, mientras que la bruja no las tenía, tenía simplemente su propia práctica, un cuerpo que exponía, pero no tenía un discurso legitimador de lo que ella hacía, y por eso fue llevada a la hoguera.

HO: Pero hubo quienes lograron sortear la línea de la muerte, que practicaban la magia, y sin embargo, en su discurso, supieron disfrazar sus conocimientos de la persecución de la Iglesia...

EC: Sí, claro, ahí está el caso de Pico della Mirandola. Es excomulgado pero no es quemado, vive muchos años en un castillo en La Toscana, donde termina sus días estudiando y trabajando en una biblioteca de la que, se dice, fue la más amplia y más completa de todo el Renacimiento.

HO: La importancia de un estudio así, como el que presentas en este libro, nos conduce a una pregunta,

más bien a una reflexión sobre la melancolía. Las brujas son melancólicas por naturaleza; en eso radica el miedo que infunden a sus perseguidores.

EC: Hubo otro filósofo que habló en defensa de las brujas, diciendo que el problema con ellas era su vejez, que eran menopáusicas y melancólicas, y que no había que matarlas, sino curarlas de la gran enfermedad de la melancolía. Me gusta mucho el libro de Roger Bartra sobre la melancolía porque por un lado se acusa a las brujas de ser melancólicas en el sentido más negativo, pero por otro encontramos a Marcelo Ficino, que se dice a sí mismo el gran melancólico porque asume ser la figura del gran genio; entonces, el melancólico tiene también esta connotación ambigua de ser por un lado el genio y por otro la depravación total.

Anota Cohen en el libro que acaso, en el fondo, el perseguidor no teme al judío o la bruja en particular, sino, como escribe Sartre al referirse al antisemita, se trata "de un hombre que tiene miedo. Ciertamente no de los judíos: de él mismo, de su conciencia, de su libertad, de sus instintos, de sus responsabilidades, de la soledad, del cambio, de la sociedad y del mundo: de todo menos de los judíos".

HO: ¿Qué paralelos encuentras en los judíos de aquellos siglos, las brujas, y los acontecimientos del siglo xx?

EC: Las brujas me llevaron a los campos de concentración. Hace tiempo que trabajo en la literatura de los campos. Establezco la relación porque creo que en el caso del Renacimiento uno piensa en el mayor esplendor, esplendor de los cuerpos. Te imaginas entrar en el Vaticano, en la capilla Sixtina, y ver esos cuerpos maravillosos que aparecen ahí de Miguel Ángel, o ver a Signorelli, con aquellos cuerpos monumentales y maravillosos donde supuestamente el diablo está mordiendo una oreja a unos condenados. Y es en ese momento de esplendor del siglo xv cuando se firma también el tratado

para establecer el martirio para las brujas, el que me conduce a establecer que la cultura es capaz de construir esos momentos de esplendor y al mismo tiempo ese lado oscuro de la persecución. Llegué otra vez al judío que se había convertido de nueva cuenta en chivo expiatorio. Y entonces me doy cuenta de que estoy haciendo una especie de recuento de las voces olvidadas. Eso son los judíos de entonces, la bruja, los judíos de los campos...

HO: Los harapos...

EC: Sí, son estos harapos los que de alguna manera necesitan hablar, tenemos que darles la palabra de alguna manera.

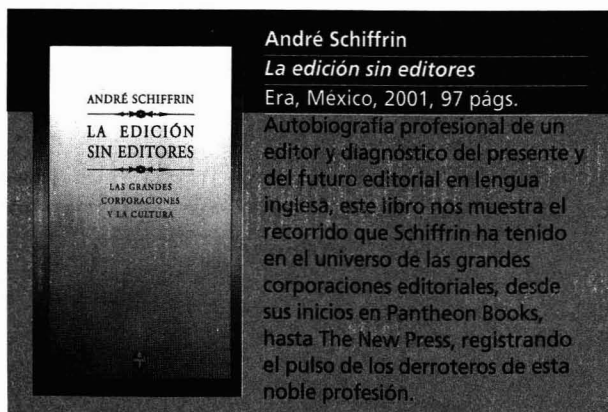
HO: La relación es dura, la historia se repite...

EC: La lección de las brujas fue aprendida con lupa por los nazis. Ya no había que exiliar a los leprosos ni mandarlos en los barcos a morir, o lo que se hizo con los judíos en la Edad Media, correrlos de toda Europa.

HO: Había que borrarlos...

EC: Había que cancelarlos, había que terminar con ellos. Es el mismo caso...

Dice Esther Cohen, al final de su libro: "Hay una historicidad de los harapos que ninguna historia oficial podría registrar, ya que es justo cuando las mercancías, entiéndase los acontecimientos históricos o sus actores, dejan de circular cuando realmente éstas dejan de ser lo que son, mercancías, para convertirse en otra cosa; sólo así estos harapos pueden aspirar a despertar en otra vida". El uso que el historiador, el humanista en su más amplio espectro, haga de estos elementos, es lo importante y tiene que ver, indudablemente, con el futuro, con la responsabilidad del porvenir. Se tiene memoria, dice Cohen, entonces, porque se ejerce la memoria, se ejercita, se escribe, se actúa. Y mientras exista un desecho, un despojo, un harapo, un olvidado de la historia, habrá siempre un lugar "para un ejercicio de memoria, es decir, de justicia". *



André Schiffrin

La edición sin editores

Era, México, 2001, 97 págs.

Autobiografía profesional de un editor y diagnóstico del presente y del futuro editorial en lengua inglesa, este libro nos muestra el recorrido que Schiffrin ha tenido en el universo de las grandes corporaciones editoriales, desde sus inicios en Pantheon Books, hasta The New Press, registrando el pulso de los derroteros de esta noble profesión.



Verónica Murguía

Al ángel de Nicolás

Era, México, 2003, 95 págs.

Sí, como decía César Vallejo, "el arte descubre caminos, nunca metas", no es ningún azar que *El ángel de Nicolás*, este libro hermoso y singular, comience en busca del idioma del Paraíso y termine con el cuerpo desollado del primero de los artistas flotando en ese eterno río donde nunca nos introduciremos dos veces.